



## VII.- INSTRUCCION

***“Si ellas quieren saber hasta dónde debe extenderse esta caridad y cuáles son los testimonios que debemos darnos unas a otras, que consideren la vida entera de Jesucristo y que recuerden que Él nos ha dejado el mandamiento de amarnos como él nos ha amado y que solamente nos reconocerá con este sello como sus discípulos. Que todas las repugnancias, que todas las heridas, que todas las frialdades, que todos los atractivos naturales, todos los afectos particulares desaparezcan de sus almas ante este peso inmenso de la caridad de Jesucristo que las impulsa a ser todas de todas”...***

Es necesario no solamente amar a nuestras hermanas con un amor tierno, sino amarlas a todas con el mismo amor que Nuestro Señor nos ama, es decir por su bien, tener un corazón de apóstol. A menudo me he extendido sobre el honor que debemos tener como llamadas a extender el reino de Nuestro Señor en las almas, en las misiones también, en todas nuestras obras, porque éste es el objetivo de nuestro instituto. Hoy creo inútil impulsaros más a dar gracias a Dios por tan grande favor.

¿Hasta dónde, hijas mías, se extenderá vuestra caridad? Abrid el evangelio y tomad el Crucifijo. Deteneos después donde Nuestro Señor se detuvo. Descendió del cielo, Él, la santidad misma delante de la cual ni los cielos son puros, ni los Ángeles están exentos de impurezas. Se hizo carne en el seno de una virgen. “Se hizo pobre para ser humillado, se humilló para ser crucificado” (Bossuet). Después de esto, comparad vuestras repugnancias con las de Nuestro Señor. ¿Cuál era el estado de los judíos en el momento de su venida? Roma estaba igual que Sodoma y Gomorra por sus iniquidades. ¡Qué desprecios no tuvo que sufrir de esos hombres carnales que no esperaban más que un Mesías victorioso con la espada y el sable! Atrevámonos a decir después que tal persona nos desagrade excesivamente y que no estamos obligadas a amarla, que después de todo, no le deseamos ningún mal.

Es perder el tiempo, ya lo veis, hermanas mías, detenerse a todos estos matices, os lo digo por experiencia propia. Es un gran obstáculo para la santidad y eso es nocivo para la vida interior, a la vida de oración que debemos tener, ocuparnos de tal palabra, de tal mirada que nos choca en una, que nos gusta de la otra, etc.

Uno no puede elevarse hacia Dios más que a condición de no apegarse a la tierra y de sacudir el polvo que podría pegarse a nuestros pies. “La caridad de Jesucristo nos urge”<sup>1</sup> Así es la palabra de san Pablo. Hay una congregación que la ha tomado como divisa. La encontraréis quizá un poco indefinida, pero por ahí mismo, puede aplicarse a todas las buenas obras de la vida cristiana, a todos los sacrificios de la vida religiosa, y más todavía a la vida apostólica de una hija de la Asunción.

<sup>1</sup> 2 Cor. 5, 14